Su facultad, satisfecho
Que por sus letras ganaba
Juntamente honra y provecho.
Al que estudiado no habia,
Con un precio moderado
A su escuela le admitia;
Pero el que estaba enseñado
Y algunas letras tenia,
Dos precios habia de darle
Si su oyente habia de ser,
Uno por desenseñarle
(Que sobre ageno saber
No queria licion darle)
Y otro por volver de nuevo
A hacelle en su escuela sábio.

(El Pretendiente al revés.)

—

¡Ah mujeres, mónstruos fieros!
¿Con qué traicion no saldreis,
Si áun los maridos haceis
De vuestro gusto terceros?

(El Pretendiente al revés.)

—

No son los hombres de ahora

De tan sanas intenciones,
Que en vez de murmuraciones,
Se hagan lenguas cada hora
En alabar excelencias
De quien no interesan nada,
Pues áun de la más honrada,
Sacan falsas consecuencias.

(La Villana do Vallecas.)

—

—Si pudiéramos comer
Desdichas tuyas y mias,
No echáramos el dinero
Menos, porque con mandar
A la huéspeda guisar
Cuatro desdichas, primero
Que aquellas se digirieran
(Si hay para ellas digestion)
Porque hubiera provision,
Otras tantas acudieran,
Y comiéramos los dos
Desde hoy más nuestras desdichas.
—¿Tantas tengo?
—A ser salchichas,
A vernos viniera Dios.

(El castigo del pensé que.)

.....Anocheció;
Y yo despierta, á cierra ojos,
Y entre dos luces dormida,
El alma en él embebida,
La voluntad con antojos
Y á oscuras el aposento,
Pisando huevos entró;
Y entonces.... ¿Qué me sé yo?
¡Ay Dios! ¿Cómo se lo cuento?
Tanto supo acariciar,
Tanto vino á prometer....
Era hombre, en fin, yo mujer;
En algo habia de parar.
No resiste quien desea,
Y como me mostró amor,
Llegó... y pregue á Dios, señor...
—En fin....
—Que orégano sea.
(Mari-Hernandez.)

—

—En Portugal todo es sebo
Hasta quedarse en pábilo,
Todo *bota*, todo *lua*,
Todo *fidalgo valente*.
Paon minoso, faba quente,

Sardhina é manteiga crua.
No hay poderlos entender:
La olla llaman *panella*
Y á la ventana *fanella*.
Para darme de comer,
Dai-ca, me dijo una vieja
Tigelas; yo que entendí
Tijeras, unas le dí;
Y ella los guisados deja,
Diciendo que de Castilla
Un hombre la iba á matar,
Hasta que vine á sacar
Que *tigela* es escudilla.
Un viérnes le pregunté:
«¿Qué tengo que cenar yo?—
Cagados, —me respondió.—
«Cómalos vuesamercé,»
La dije, y pullas á un lado,
Que tiene muchas arrugas:
Y supe que eran tortugas
Los *cagados*.
—¡Buen guisado!
—La empajatriz mi señora,
Que es digna de todo amor,
Y me hace mucho favor,
Por no decir me enamora,

Da en hablar en lo seboso;
Porque en nuestra tierra es fama
Que en esta lengua una dama
Tiene aire garabatoso;
Y entre cosas peregrinas
Que suele mandarme hacer,
Tracei-me, me dijo ayer,
Do jardim umas boninas;
Olhai, e un ramo de cravos.
«¿Para qué diablos querrá,
Dije, si loca no está,
Olla, boñigas y clavos?
El tiempo anda enfermo, y este
Altera nuestra salud;
Deben de tener virtud,
Sin duda, contra la peste.»
Compré una olla vidriada,
Al campo salí, llenela
De clavos, emboñiguéla,
y llevándola tapada
Con la capa, la hallé hablando
Con su padre y mi señor
(No era muy fino el olor
Con que me iba perfumando).
Llegué y díjela al oido:
«Aquí aquel recado está;»

Y respondióme: *Dai-ca.*—
«¿Estás fuera de sentido,
Señora, que á esto me obligas?
Repliqué: ¡gentil humor!
¡Sacarle á un embajador
Un puchero de boñigas!»
Mandó que lo descubriese,
Y vino á causar su prisa
A unos asco y á otros risa,
Y á que mi amo se corriese,
Y tuviéramos mohinas.
¡Averigüe Garibay
Que es aquí «mirad» *olhai*,
Que las flores son *boninas*,
Y *cravos*, claveles son!
En fin, yo, que su humor sigo,
Porque se huelgue conmigo,
Paso plaza de bufon.

(El Amor médico.)

—

Semi-rubia de cabellos,
Frente desembarazada,
Cejas buenas, oji-negra
(Ya no se usan oji-zarcas)
Puesto que eran más ojetes

Que ojales las luminarias
Por lo pequeño y redondo,
Que en las fermosas se rasgan.
Las mejillas, por extremos,
Ni bien mármol, ni bien grana,
Mezcla si, de las dos sierras,
La Bermeja y la Nevada.
En proporcion las narices,
Ni judaizantes, ni chatas,
Ni nabo por corpulentas,
Ni alezna por afiladas.
Buenos lábios, malos dientes,
Porque áun cuando era su tez blanca
A caballo unos sobre otros,
Tanti-cuanti moriscaban.
La garganta, cuelli-erguida,
Cándida, gruesa, torneada,
Y tal que hiciera yo un Júdas,
A haber saúcos gargantas.
Las manos, no hay que pedir
En ellas, porque no daban,
Puesto que ambas recebian,
Y eran muy hermosas ambas.
Privilegiado de cuartos
El tallazo; más avara
En las obras, que en el cuerpo....

Lo demás, el argonauta
De tal golfo, que lo pinte,
Si hay quien tenga dicha tanta
Que mida con la esperiencia
Los grados del dicho mapa.

(Amar por señas.)

—

—Son,
Cuando se ven en estrecho
El amor y la fortuna,
Más activos y eficaces:
Si en ellos discursos haces,
No saldrás con medra alguna.
Todo hombre considerado
Luce sus intentos tarde:
Peca el sábio de cobarde,
Y de atrevido el soldado.
Si Alejandro reparara
En imposibles, no fuera
Señor del mundo, ni hiciera
A tantos peligros cara.
Colon, á no atropellar
Estorbos de dia en dia,
No añadiera monarquía
A España, de tanto mar.

Ni sabe amar el prudente
Ni vence el considerado
Ni admite razon de estado
El celoso, ni el valiente.

(Desde Toledo á Madrid.)

—

—¡Ah fortuna! Bien te pintan
Con el rostro de mujer,
Con un pié sobre una rueda,
Y en el viento el otro pié.
Viste alas, calza plumas,
Todo es volar y correr;
Tu palacio está en el aire
Y el supremo chapitel
Cercan planetas que son
Arcos errantes: tu ser
La misma mudanza ha sido:
Lo que estable y firme fué,
No es tuyo; y son los trofeos
De tu casa de placer,
No testas de incultas fieras,
No garras de aves que ven
El imperio de los vientos,
Sino cabezas que ayer
Eran envidia del mundo,

Y hoy dan lástima tambien.
¡Felice sólo aquel
Que vé con proporcion la voz del Rey,
Ni cerca que le abrase, como suele,
Ni lejos, que le olvide, ó que le yele!
(Cautela contra cautela.)

—

—Así dijo un hombre tuerto,
Que en la guerra le dejaron
Buido de un ojo: pedia
A un príncipe, á quien servia
Una bandera: pasaron
Meses y años sin que dél
Se doliese, aunque premiaban
Otros muchos, que llevaban
Mas favores que papel:
Gastó su pobre caudal,
Y á vueltas dél la paciencia;
Alcanzó una vez licencia,
Y dándole un memorial,
Dijo: «Señor, ¿quién pensara
Que á venderse la bandera
Que pido, no se me diera
Por un ojo de la cara?
Estaba yo consolado

De saber, ¡qué nécio antojo!
Que se compraban á ojo,
Viendo que uno me ha costado.
Mas, pues en fin se me veda,
Déme, si premiarme trata,
Un real para otro de plata,
Y ojo al ojo que me queda.

(En Madrid y en mi casa.)

—

—Como pobre se sustente;
Que no tiene de igualarse,
Dando ocasion á la gula,
Un asno, con una mula.
La paja ha de compararse
En las bestias, con el pan,
La cebada con el queso;
Y ya sabeis, segun eso,
Que es poco el queso que dan.
¿Por qué pensais vos que España
Vá, señor, tan decaida?
Porque el vestido y comida
Su gente empobrece y daña.
Dadme vos que cada cual
Comiera como quien es,
El marqués como marqués.

Como pobre el oficial,
Vistiérase el zapatero
Como pide el cordoban,
Sin romper el gorgorán
Quien tiene el caudal de cuero.
No gastara la mulata
Manto fino de Sevilla,
Ni cubriera la visilla
El medio chapin de plata.
Si el que pasteliza en pelo
Sale á costa del gigote,
El domingo de picote,
Y el viernes de terciopelo;
Cena el zumador besugo,
Y el sastre come lamprea,
Y hay quien en la corte vea
Como á un señor al verdugo,
¿Qué perdicion no se aguarda
De nuestra pobre Castilla?
El caballo traiga silla
Y el jumento vista albarda.
Coma aquél un celemin,
Y un cuartillo á esotro den;
Porque el jumento no es bien
Que le igualen al rocin.

(La Huerta de Juan Fernandez.

—Perdonadme esta simpleza.
¿Por qué hizo naturaleza
El tabí, la seda, el paño,
La holanda, el cambray y estopa
Distintos al tacto y vista?
Porque cada cual se vista,
Segun su estado, la ropa.
Dentro de una misma especie
Hallareis que el Universo
Hizo su manjar diverso,
De que cada cual se precie.
El racimo moscatel
Y albillo que al noble pinta;
Las cepas jaen y tinta
Para el que rompe buriel.
El noble melocoton
Que deleita al caballero,
Con el durazno grosero
Para los que no lo son.
La amacena (1) regalada,
Que el delicado conozca,
La chabacana, más tosca,
Para el pobre dedicada.
Ofrece una misma granja,

(1) La ciruela damascena.

En fé desta distincion,
Para el príncipe el limon,
Para el no tal, la naranja.
En el campo y el vergel
La primavera arrebola,
Para el pastor la amapola,
Para la dama el clavel.
El jazmin que al muro sobre
Al rico aroma derrama,
Al oficial la retama,
Tomillo y romero al pobre.
Pues ¿por qué, ¡cuerpo de tal!
Si hizo el cielo distincion
Del abadejo y salmon,
No comerá el oficial
Aquel que importa á su esfera
Y al pobre jornal que saca?
Paciendo para él la vaca,
¿Ha de gastarse en ternera?
Están los hombres perdidos.
No lo entiendo, vive Dios.

(La Huerta de Juan Fernandez.)

—

Epílogo de los tiempos,
Almacen de las arrugas,

Archivo de las edades
Y taller de las astucias:
Inmemorial poseedora
De una vida que madruga
Desde el tiempo de Noé
Á ser de todas injuria,
Azote de los demonios,
Polilla de sepulturas,
Salteadora de ahorcados,
Y contra los niños bruja.
Con tu larga senectud,
Que aún no te parece mucha,
Sara se murió en agraz,
Matusalem en la cuna.
Si resignara la parca
El oficio que ejecuta,
Por inexorable fueras
La primera en la consulta.
En lo anciano y descarnado
Te toca ser sustituta,
Pues congregacion de tabas
En tu pellejo se junta.
¿Qué será verte en un cerco
Cuando al cocito conjuras,
Sin zapatos, patizamba,
Sin tocados, pelirucia?

Con el acebo en la mano
Que descerraja espeluncas,
Que divierte al can-cervero
Y el Irlejetonte enturbia,
Cuyo mandato obedece
Toda la canalla inmunda
Como á miembro de su centro,
Como á dueño de sus furias?
¿Qué será verte de noche,
Cuando á las doce, desnuda
Para pisar esos aires
Te vales de las unturas:
Y penetrando bodegas,
Brincando de cuba en cuba
Tanto chupas los licores
Como á los muchachos chupas,
Hasta que en sólio azufrado
El torpe cabron adulas,
Besándole aquellas partes
Tan cursadas como sucias?
Y ¡quién te viera, oh vestigio!
Solícita como muda
Desvalijar de las horcas
Los que el verdugo columpia:
Pues aún en bocas cerradas
No tienen muelas seguras

Que para tus intenciones
De sus quijadas las hurtas!
Tú forjas las tempestades,
Tú los elementos turbas,
Tú los granizos congelas
Y tú desatas las pluvias.
Á fuerza de tus conjuros
El dia claro se enluta,
Y en las más peladas peñas
Haces que nazcan lechugas.
Y con todas estas faltas
No me ofende ni me injuria
Tanto, como ver en tí
Que eres habladora suma;
Que el truhan más aplaudido
Y la monja ménos zurda
Será mudo en tu presencia
Y ella será tartamuda.
Á usarlo continuamente
Diera á tu falta disculpa;
Mas en mi daño callada,
¿Quién ha de haber que lo sufra?
Pues el silencio destierra
Esa lengua vagamunda,
No en ocasion de hacer mal
Seas Pitágora segura.

Solo para locutorios
Donde se guardan clausuras,
Se remite á los oidos
El hacer papel de escucha:
Y la virtud del silencio
No es bien que se te atribuya,
Cuando, por curiosidad,
Veces y voces renuncias.
Ya que oyes con silencio,
Tenerle siempre procura;
No desentierres secretos
Que nobles pechos ocultan;
Pena que si los revela
Tu lengua vil y perjura
De la manera que suele,
Vendiendo por vino supia,
Tremendo castigo aguarda
Que ya mi rigor te anuncia,
Sin que puedan defenderte
Los de la precita turba.
Con legiones de muchachos
Que es la más inquieta chusma,
Me vengaré de tus yerros
Y castigaré tus culpas.

(Los cigarrales de Toledo,

MORETO

¿Viste una breva en la cima
De una higuera, y los muchachos,
Que en alcanzarla porfian,
Piedras la tiran á pares,
Y aunque á alguna se resista,
Al cabo de aporeada,
Con las piedras que la tiran,
Viene á caer más madura?
Pues lo mismo aquí imagina.
Ella está tiesa y muy alta;
Tú tus pedradas la tiras,
Los otros tiran las suyas;
Luego, por más que resista,
Ha de venir á caer,
De una y otra á la porfía,
Mas madura que una breva.
Mas cuidado á la caida,
Que el cogerla es lo que importa;

Que ella caerá como hay viñas. (1)

(El desden con el desden.)

—

Llamó al amor
Avenóes hernia, un humor
Que hila las tripas á un hombre.
Amor, señora, es congoja,
Traicion, tiranía villana,
Y sólo el tiempo le sana,
Suplicaciones y aloja.
Amor es quita-razon,
Quita-sueño, quita-bien,
Quita-pelillos tambien,
Que hará calvo á un motilon.
Y las que él obliga á amar,
Todas acaban en quita.
Francisquita, Mariquita,
Por ser todas al quitar.

(El desden con el desden.)

(1) Moreto pocas veces aparece original en sus producciones, y *Los milagros del desprecio* de Tirso sirvió de espejo á *El desden con el desden*, la obra maestra de aquel autor que, ya que no creador, era un modelo de discrecion y de arte, hasta el punto de perfeccionar en el plan y el desarrollo, los asuntos que le ofrecian los génios de más alto vuelo que le habian precedido en el teatro.

»Irene, si en tus cautelas
»Ni en tu amor ni en tus papeles
»Yo me meto,
»Tus desprecios y majuelas,
»Y danzas de cascabeles,
»¿A qué efeto?
»Más, porque lo que condena
»Tu presuncion sepas, quiero
»Retratarte;
»Aunque soy un majadero,
»Pues me ha de costar la pena
»De mirarte.
»Tu pelo áun es más que pelo,
»Que es terciopelo, y acaso
»Por postizo,
»Con ser ello fondo en raso,
»A costa de tu desvelo
»Lo haces rizo.
»Tu frente..... (Aquí tengo miedo,
»Que tiene grandes bajadas
»Y subidas)
»Es muy buena para enredo,
»Porque toda ella es entradas
»Y salidas.
»De tus cejas no he de hablar
»Porque áun no te las ha hallado

»Mi desvelo;
»Con que no tendrás cuidado
»De que las puedas tocar
»Ni en un pelo.
»Tus ojos (¡qué raro caso!)
»Naturaleza compuso
»Con gran maña;
»Mas lo hizo medio al uso,
»Pues los guarneció de raso
»Sin pestaña.
»No es plata tu narizita
»Ni azucena, ni otra cosa
»Que lo valga;
»Mas es una chata, chita,
»Y si se precia de hermosa,
»Dí que salga.
»Tu boca para una dicha
»Es muy buena, pues no es poca,
»Aunque amarga;
»Y para mayor desdicha,
»Tu vida es como tu boca,
»Por lo larga.
»Tu cuello de atrás mirado,
»Aunque no mata alevoso,
»Es Bellido;
»Mas Bellido vergonzoso,

»Pues mirar no se ha dejado,
»De encogido;
»Siendo así todo esto, allano,
»Que aunque te haces imposible,
»Si se apura,
»Ni es el caballo troyano
»Ni la puente de Mantible
»Tu hermosura.
»Siendo así, desprecia más;
»Que si por este camino
»Hay dinero,
»Con tu desden y tocino
»Y alcamonias pondrás

Por merced de ningu

Sino con sangre ganadas,
En aumento de la ley,
De los moros á lanzadas.
La renta de esta riqueza
Con que yo nada codicio
En mi pródiga largueza,
Sobra para mi grandeza
Y basta á mi desperdicio.
Y aunque es tanta maravilla
Mi poder, mi sangre pasa
A más triunfos, que en Castilla
Vió ricos-hombres mi casa
Antes que reyes su villa.
Tu ignorancia esto desprecia;
Mira si con causa poca
La razon, que es quien lo aprecia,
Te llama al dejarlo, nécia,
Y al no procurarlo, loca,

(El Valiente Justiciero.)

—

—¿Y don Diego?
—Ese es un cuento
Sin fin, pero con principio;
Que es lindo el don Diego, y tiene
Mas que de Diego, de lindo.

Él es tan rara persona,
Que como se anda vestido,
Puede en una mogiganga
Ser figura de capricho.
Que él es muy gran marinero
Se vé en su talle y su brío;
Porque el arte suyo es arte
De marear los sentidos.
Tan ajustado se viste,
Que al andar sale de quicio,
Porque anda descoyuntado
Del tormento del vestido.
De curioso y aseado
Tiene bastantes indicios,
Porque aunque de trage no,
De sangre y bolsa es muy limpio.
En el discurso parece
Ateista, y lo colijo
De que, segun él discurre,
No espera el dia del juicio.
A dos palabras que hable,
Le entenderás todo el hilo
Del talento; que él es necio,
Pero muy bien entendido.
Y porque mejor te informes
De quién es, y de su estilo,

Te pintaré la mañana
Que con él hoy he tenido.
Yo entré allá, y le ví en la cama,
De la frente al colodrillo
Ceñido de un tocador,
Que pensé que era judío.
Era el cabello, hecho trenzas,
Llin de caballo morcillo,
Aunque la comparacion
De ruin á rocin ha sido:
Con su bigotera puesta
Estaba el mozo jarifo,
Como mulo de arriero,
Con jáquinas de camino;
Las manos en unos guantes
De perro, que por aviso
Del uso de los que dá,
Las aforró de su oficio.
Deste modo de la cama
Salió á vestirse á las cinco:
Y en ajustarse las ligas
Llegó á las ocho de un giro.
Tomó el peine y el espejo,
Y en memorias de Narciso
Le dió las once en la luna,
Y en daga y espada y tiros,

Capa, vueltas y valona
Dió las dos, y después dijo:
«Dios me vuelva á Búrgos, donde
Sin ir á visitas vivo;
Que para mí es una muerte
Cuando de priesa me visto.
Mozo, ¿dónde habrá ahora misa?»
Y el mozo humilde le dijo:
«A las dos dadas, señor,
No hay misa sinó en el libro.»
Y él respondió muy contento:
«No importa, que yo he cumplido
Con hacer la diligencia.
Vamos á ver á mi tio.»
Este es el novio, señora,
Que de Búrgos te ha venido,
Tal, que primero que al novio
Esperara yo á un novillo.

(El Lindo don Diego.)

—

¿Hay más necia bobería?
Pues dime: ansias, celos, quejas,
Retiros, desden, caricias,
Promesas falsas, embustes,

Suposiciones, porfías,
¿Qué son sinó aceites, untos,
Aguas, emplastos, y tiznas
De la botica de amor,
Que á sus achaques aplica?
Si amor es enfermedad,
¿No ha de tener medicina?
Su dotor es el ingenio,
Su platicante la vista;
Cirujano la esperiencia,
Boticario la malicia,
Y en su botica hay de todo,
Como en las demás boticas;
Ménos que no gasta simples,
Porque es experiencia fija
Que los achaques de amor
Sólo en los simples peligran.
(Yo por vos y vos por otro.)

—

Ya veo que es desa suerte
En sus efectos amor;
En su mar nunca hay bonanza;
El que más tranquilo y quieto
Le navega, va sujeto

Al riesgo de la mudanza.
El que del favor guiado
Huye, cuando quiere bien,
Del escollo del desden,
Dá en el bajo del enfado.
El que se ve más querido,
De su tibieza adolece;
El que de fino padece,
Llora el dolor de su olvido.
Al que sin estos desvelos
Navega prósperamente,
Sobresalta de repente
La tormenta de los celos.
No hay bien sin sombra de daño;
Y de tanto peligrar,
Vienen todos á parar
Al puerto del desengaño.

(Yo por vos y vos por otro.)

—

Un novio, señor,
Tenia á la gente cansada
En hablar de su mujer;
Llegó el día del placer
Y halló á la novia preñada.

Quedó mudo, y deste hechizo
Parió la mujer de Brás
Un niño, que hablaba mas
Que el padre que no le hizo.
«¿Por qué de tu esposa bella
No hablas ya?» le preguntó
Un amigo; y respondió:
«Porque hay otros que hablan della.»
(El defensor de su agravio.)

—

«Vén, muerte, tan escondida,
Que no te sienta venir,
Porque el placer de morir
No me vuelva á dar la vida»
Muerte, si el dolor fatal
Cesa en tí, ven á mi llanto
Presta y escondida, tanto
Como me vino mi mal.
Escondida, porque igual
Sea el alivio á la herida;
Tan presto, porque la vida
Durará, si él es molesto;
Y si no puedes tan presto,
Vén, muerte, tan escondida.

Si viendo tu planta helada
Dentro de mi pecho, infiero
Que el contento de que muero
Te ha de resistir la entrada

Que aun [illegible] Cupido
En [illegible]
[illegible]
[illegible]
[

Era del claro Julio ardiente dia:
Manzanares al soto presidia,
Y en clase, que la arena ha fabricado,
Lecciones de cristal dictaba al prado;
Cuando al morir la luz del sol ardiente,
Solicito bañarme en su corriente;
En un caballo sendas examino,
Y á la Casa de Campo me destino.
Llego á su verde falda,
Elijo fértil sitio de esmeralda,
Del caballo me apeo,
Creo la amenidad, el cristal creo.
Y apenas con pereza diligente
La templanza averiguo á la corriente,
Cuando alegres tambien como veloces,
A un lado escucho femeniles voces.
Guio á la voz los ojos prevenido,
Y solo la logré con el oido;
Piso por las orillas, y tan quedo,
Que pensé que pisaba con el miedo;
Mas la voz me encamina y más me llama,
Voy apartando la una y otra rama,
Y en el tivio cristal de la ribera
A una deidad hallé de esta manera.
Todo el cuerpo en el agua, hermoso y bello,
Fuera el rostro, y en roscas el cabello;

Deshonesto el cristal que la gozaba,
De vanidad al soto la enseñaba;
Mas, si de amante el soto la queria,
Por gozársela él toda, la cubria.
Quisieron mis deseos diligentes
Verla por los cristales trasparentes,
Y al dedicar mis ojos á mi pena,
Estaba, al movimiento de la arena,
Ciego ó turbio el cristal; y dije luego:
«¿Quién con esta deidad no ha de estar ciego?»
Turbio el cristal estaba,
Y cuanto más la arena le enturbiaba,
Mejor la ví, que al no ver la corriente,
Sólo era su deidad lo trasparente;
No el rio, que al gozar tanta hermosura,
Él es quien se bañaba en su blancura.
Cubria, para ser segundo velo,
Túnica de Cambray todo su cielo,
Y sólo un pié movia el cristal blando,
Sin duda imaginó que iba pisando.
Pero cuando, sin verse, se mostraba,
Un plumaje del agua levantaba,
Del curso propio con que se movia:
Víale entre el cristal, y no le vía,
Que distinguir no supo mi albedrío
Ni cuándo era su pié, ni cuándo el rio.

Procuraban ladrones mis enojos
Robar sus perfecciones con los ojos,
Cuando en pié se levanta toda hielo,
Cubre el cristal lo que descubre el velo:
Recátome en las ramas dilatadas,
Prevenidas la esperan sus criadas;
Dícenla todas que á la orilla pase,
Y nada se dejó que yo robase;
Y en fin, al recogerla,
Tiritando salió perla con perla:
Y yo dije abrasado:
«¡Oh! qué bien me parece el fuego helado!»
Sale á la orilla, donde verla creo,
Pónenseme delante y no la veo:
Enjúgala el alhago prevenido
La nieve que ella habia derretido;
Cuando un toro con ira y osadía
(Que era dia de fiestas este dia)
Desciende de Madrid al rio; y luego
Más irritado, si, que no más ciego,
Quiere cruel é impío
De coraje beberse todo el rio:
Bebe la blanca nieve,
Bebe más, y su misma sangre bebe.
El pecho, pues, herido, el cuello roto,
Parte á vengar su injuria por el soto.

Las cortinas de ramas desabrocha,
Sacude con la coz á la garrocha,
Y á mi hermosa deidad vencer procura,
Que se quiso estrenar en la hermosura.
Huyen, pues, sus criadas con recelo,
Y ella se honesta con segundo velo;
Que aunque el temor la halló desprevenida,
Quiso más el recato que la vida.
Yo, que miro irritarse el toro airado,
De amor y de piedad á un tiempo armado,
Indigno la pasion, librarla espero;
Y dándole advertencias al acero,
(Osadía y pasion á un tiempo junta)
El corazon le paso con la punta,
Con tan felice suerte,
Que ni un bramido le costó la muerte.
Conoce que á mi amor debe la vida,
Honestamente la hallo agradecida;
Ménos, viéndola más, mi amor mitigo,
Entra dentro del coche, y yo la sigo;
Cierra luego la noche:
Entre otros, con lo oscuro, pierdo el coche;
Búscala y no la encuentra mi cuidado:
Vóyme á Toledo, donde enamorado
Le dije mis finezas con enojos
A aquel retrato que copié en los ojos.

Quéjome sólo al viento;
Procúrame mi primo un casamiento;
La ejecucion de sus preceptos huyo:
Voy á Madrid á efectuar el suyo;
Vuelvo con Isabel (nunca volviera!)
Cubre el rostro Isabel (nunca le viera!)
Pues dice mi esperanza, hoy más perdida,
Que es Isabel á la que dí la vida
Por valor, y por suerte,
Que es Isabel la que me dá la muerte.
Y en fin, amante sí, y no satisfecho,
De la sombra esta noche me aprovecho:
A vengar con mis voces este agravio,
Salga esta calentura por el lábio:
Sepa Isabel de mi cruel tormento,
Asusten mis suspiros todo el viento;
Sean ahora que Isabel me deja,
Intérpretes m s voces de mi queja;
Suceda todo un mal á todo un daño,
Válgame un riesgo todo un desengaño;
Ahora la he de hablar, verla porfío,
Déjame que use bien de mi albedrío:
Deja que á hablarla llegue,
Para que esta tormenta se sosiegue;
Déjame que la ob igue,
Para que este cuidado se mitigue,

Y porque al referir pena tan fiera,
Mi gloria dure y mi tormento muera.

(Entre bobos anda el juego.)

—

—Don Lúcas del Cigarral,
Cuyo apellido moderno
No es por su casa, que es
Por un cigarral que ha hecho,
Es un caballero flaco,
Desvahido, macilento,
Muy cortísimo de talle
Y larguísimo de cuerpo:
Las manos de hombre ordinario,
Los piés un poquillo luengos,
Muy bajos de empeine y anchos,
Con sus juanetes y pedros:
Zambo un poco, calvo un poco,
Dos pocos verdimoreno,
Tres pocos desaliñado,
Y cuarenta muchos puerco.
Si canta por la mañana,
Como dice aquel proverbio,
No sólo espanta sus males,
Pero espanta los ajenos.
Si acaso duerme la siesta

Dá un ronquido tan horrendo,
Que duerme en su cigarral
Y le escuchan en Toledo.
Come como un estudiante
Y bebe como un tudesco;
Pregunta como un señor
Y habla como un heredero.
A cada palabra que habla
Aplica dos ó tres cuentos;
Verdad es que son muy largos,
Mas para eso no son buenos.
No hay lugar donde no diga
Que ha estado; ninguno ha hecho
Cosa que le cuente á él
Que él no la hiciese primero.
Si uno va corriendo postas
A Sevilla, dice luego:
«Yo las corrí hasta el Perú,
Con estar el mar en medio.»
Si hablan de espadas, él sólo
Es quien más entiende de esto,
Y á toda espada sin marca
La aplica luego el maestro.
Tiene escritas cien comedias
Y cerradas con su sello,
Para, si tuviere hija,

Dárselas en dote luego.
Pero ya que no es galan,
Mal poeta, peor ingenio,
Mal músico, mentiroso,
Preguntador sobre nécio;
Tiene una gracia no más,
Que, con esta, le podremos
Perdoner esotras faltas;
Que es tan mísero y estrecho,
Que no dará, lo que ya
Me entenderán los atentos.
Estas, damas, son sus partes
Contadas de verbo ad verbum;
Esta es la carta que os traigo,
Y este el informe que he hecho.
Quererle es tan cargo de alma
Como lo será de cuerpo;
Partiros, no hareis muy bien;
Casaros, no os lo aconsejo;
Meteros monja, es cordura;
Apartaros de él, acierto.
Hermosa sois, ya lo admiro;
Discreta sois, no lo niego:
Y así estimaos como hermosa,
Y, pues sois discreta, os ruego
Que, ántes que os vais á casar,

Mireis lo que haceis primero.
(Entre bobos anda el juego.)

—

—Yo os prometo degollaros
Tan sutil y tan lijero,
Que parezca que el cuchillo
Ha nacido en el pescuezo.
(El más impropio verdugo.)

—

Pero habeis de estarme atento
A mi labia prevenida,
Pues de paso con su vida
Os pintaré su aposento.
Nuestro estudiante, amo mio,
Y seis que con él están,
Vive pegado al dean,
Junto á la Puerta del rio,
Que para sus malas mañas,
Es barrio de mejor modo;
Tiene el aposento todo
Colgado de telarañas,
A donde pudieras ver
De cordeles y de pino
Una cama de camino

Como mula de alquiler;
Y advierto que no te espante
Verla tan mal comparada,
Pues sobre ser alquilada
Se derrienga cada instante.
No hay más pintura y retrato
En su aposento infiel
Que una espada y un broquel
Y un candil de garabato.
Hay, por si comer previene,
(Porque hay dias que se trae)
Una mesa que se cae
Y una silla que se tiene.
Compró, por si acaso hiela,
De paño una mala capa;
Tiene un espejo sin tapa,
Y un cepillo que se pela.
Tan vieja guitarra en ser
Toca, en muchas ocasiones,
Que á no ser por los bordones
No se pudiera tener.
Tiene un arca infame luego
Pegada junto á la cama,
Muy maldita para dama
Porque se abre á cada ruego.
—¿En qué entienden, os pregunto,

Él y otros seis de Madrid
Que viven juntos?
—Oid
Lo que hacen, punto por punto.
Para limpiar la persona,
Servirse con opinion,
Cada uno tiene un gorron,
Y todos una gorrona;
Y no pienses que es delito
Cometido al pundonor,
Porque su amor no es amor,
Que es meramente apetito.
Que se levanta sabrás
A escuelas con atencion,
Y no á estudiar la licion
Sinó á estorbar los demás.
Tanto, que en mil ocasiones
De todos sus compañeros
Va derramando tinteros
Para borrar las lecciones.
Va luego (no miento cierto)
Que esta es su costumbre y su
Maña, al mono de Tolú
A comer huesos de muerto;
Y ciertamente que es gloria
Verle cuán hábil y atento

Los come de entendimiento
Y los paga de memoria.
A su hora señalada
A comer la olla contina
Va con hambre estudiantina,
Que la canina no es nada.
Comen todos en un plato,
Y aguardando á que él empiece,
Cuando ellos comen parece
Que lo comen de barato.
Cencerrea la guitarra,
Va á jugar zaino y cruel
Espada, daga y broquel,
Despues á tirar la barra.
Y mientras la noche espera,
Juega con mucha quietud
Los tres juegos de virtud:
Dados, pintas y primera.
Si juega y pierde, al instante
Vuelve con resolucion
Todo el juego en colacion,
Pues se acaba en Alicante.
De noche se va al mercado,
Si no hay otro mal que hacer,
En otro trage, á correr
Asadores de adobado.

Luego á ver amigos pasa
A escudriñar y á inquirir
Dónde habrá algo que reñir,
Si no lo hay, se viene á casa.
Quiérese luego acostar,
Hágole blanda la cama,
Dá treinta voces al ama
Que le suba de cenar.
Llegan los tres mentecatos
Con un respeto que admira;
Si alguien come más, le tira
Los libros, porque no hay platos.
Rezar, áun no sabe tanto,
Reñir, es cosa precisa,
Estudiar, cosa de risa,
Hacer mal, cosa de llanto.
En la copia puedes ver
Que mi lengua te pintó,
El hijo que te costó
Tanto trabajo de hacer.

(Obligados y ofendidos y gorron de Salamanca.)

—

—Un dia al amanecer
Dijo un tuerto á un corcovado:
Muy de mañana ha cargado

Vuesarced al parecer.
—Ya se vé que es de mañana.
Dijo el corcovado al tuerto,
Pues que vuesarced no ha abierto
Más de esa media ventana.
(Obligados y ofendidos y gorron de Salamanca.)

—

—Escribió un hombre á Zamora:
Tres os he escrito con ésta,
Y no he tenido respuesta
Si no es de dos hasta agora.
(Obligados y ofendidos y gorron de Salamanca.)

—

—Calvo!
—A fé
Que diera por serlo un ojo.
—Calvo!
—Si ser calvo igualo
Con el bien ménos ajeno.
—¿Pues qué hay en los calvos bueno?
—¿Pues qué hay en los calvos malo?
Tu sinrazon se convida,
Y no los quieras culpar:
Dime, ¿habrás visto ahorcar

A un hombre calvo en tu vida?
Si sacan á un azotado
A visitarle el embés,
Lo ordinario verás que es
Un picarote cerrado.
Que se arrepintió repara
Un calvo que á Dios negó;
Mas Judas que le vendió
Tuvo un copete de á vara.
Que puede ponerse arguyo
El calvo en su calavera
El cabello de cualquiera
Y estotros no más del suyo.
Cuando á un santo que se salva
Pinta cualquiera pintor,
Para darle más primor
Le pinta con tanta calva;
Y con cuidado y desvelo
Al contrario has de mirar,
Que si á un diablo han de pintar,
Le pintan con tanto pelo.

(Obligados y ofendidos y gorron de Salamanca.)

—

—Saber quiero en conclusion,
¿Por qué en celos y amor tanto,

Se cree mejor al llanto
Que se cree á la razon?
—Con una evidencia admira
La respuesta en puridad;
El alma es una verdad,
Y el cuerpo es una mentira.
Él se vé, y ella, invisible,
Se deja amar, mas no ver;
Él falible puede ser,
Y ella ha de ser infalible.
De manera que, en tal calma,
Aunque obligue otra pasion,
Como las lágrimas son
La retórica del alma,
Y en dos líneas ó mitades
Habla en corrientes conceptos
El alma á aquellos efectos
Que es fuerza que sean verdades.
La lengua puede moverse
De amor, fingiendo el encanto,
Mas no cuando quiere el llanto
Puede á los ojos verterse.
Luego si distingo yo
Que entre el dudar y el sentir
Suele la lengua fingir,
Y nunca el llanto fingió;

¿Quién podrá, aunque tenga enojos,
Dejar, con indigna mengua,
Por las dudas de la lengua
Las verdades de los ojos?
(No hay amigo para amigo.)

—

No es nada, el señor Moscon,
Porque sepan lo que pasa,
Está ya en campaña rasa
A cumplir su obligacion.
Enviéle un bravo papel
A Fernandillo esta tarde,
Para que en San Blás me aguarde,
Y un reto tendido en él.
Rezar por él es forzoso,
Pues su muerte es evidente;
Un hombre ha de ser valiente,
Pero ha de ser muy piadoso.
Él morirá mal logrado,
Y perdonarle quisiera,
Porque esta fué la primera
Bofetada que habia dado.
Pero segun la asentaba
En la parte que caía,
Me pareció á mí que habia

Mil años que abofeteaba.

(No hay amigo para amigo.)

—

Contra el dios Baco cometió un pecado
La mona; pero Baco muy airado,
Desde su trono, donde monas salva,
La mona condenó á que fuese calva;
Mas apeló la mona la sentencia
Al dios Júpiter, y él con más clemencia
Licencia dió á la mona que pusiera
La calva en cualquier parte que quisiera;
Mas ella, la sentencia confirmada,
Llamándose infeliz y desdichada,
Tanto en su mismo enojo se atropella,
Que iba buscando en sí donde ponella;
Y, en fin, por no ponérsela en la frente
La puso en el lugar más indecente.
Considera tú, pues, repara ahora,
Que el castigo en la mona se mejora,
Pues lo que el calvo trae en la mollera,
La mona lo trae puesto en la trasera.

(No hay amigo para amigo.)

—

Quien vive de sólo un mal

¡En qué de cuidados muere!
Quien de muchos males vive
¡Qué dello anima su muerte!
No hay bien como muchos males,
Porque un mal sólo es de suerte
Que por ser uno no más,
Sólo á aquel el alma atiende;
Pero el alma en muchos males
Se consuela ó se divierte.

(Casarse por vengarse.)

—

Muchos son, amiga mia,
Los piratas y cosarios
Que en corso de mi belleza
Surcan el golfo del Prado.
Apénas del puerto mio
Las dos áncoras levanto,
Y la nao de mi hermosura
Se pone vergas en alto,
Cuando cercando mi coche
(Que es mi nave) á un tiempo hallo
Que hacen señal que me rinda
Las naves de pié de palo.
Las naves de España allí
Disparan por el costado

Versos que me dan asombro
Y no me dan sobresalto.
Mas como saben que soy
Nave zorrera, disparo
Un pido, con que echo á fondo
A un tiempo todas las naos.
Y si algun navío rindo,
Me le llevo remolcando
A la isla Confitería
En el golfo de Leplanto.
Si algun cosario perdido
(De aquellos que yo he robado)
Se quiere abrigar conmigo,
De mi bandera le aparto;
Que el grande golfo de Avido
Sólo es para los Leandros.
Si algun bergantin encuentro
De bergantes y taimados,
Que á vela y remo procuran
Darme caza, me adelanto
Hácia la playa Viteli,
Adonde al piloto llamo,
Y digo: ¿hay bajos aquí?
¿Surgiré en este playazo?
Bajos hay (responden luego),
Pero como estos corsarios

No pueden sondar la playa,
Peligran luego en los bajos.
(Abre el ojo.)

—

Mejor es un miserable
Que tenga y no quiera darnos,
Que no, aunque nos quiera dar,
Quien no tiene, aunque sea franco;
Que aquel puede dar, si quiere,
U de fino ú de obligado;
Y éste, obligado ni fino
No dará sin poder darlo.
Y comunmente se dice,
Que los hombres que son sanos
Mueren del primer achaque;
Así los que son cuitados,
Cuanto guardan de un ahorro
Han de vomitar de un gasto.
(Abre el ojo.)

—

Vete sólo, y que se vaya
El padrino que él trujere.
¡Lo que me pudre y me mata
El que usen llevar padrinos!

¿Que se esté un hombre en su casa,
Con su quietud, con sus hijos
Y su mujer, y que haya
Quien diga: Veníos conmigo,
Que á reñir voy á campaña,
Que hago confianza de vos?
Ladron, haz de tí confianza,
Y riñe tú tu pendencia,
Pues eres tú quien la causa.
Llevar á uno por padrino
A una boda, áun eso vaya,
Aunque tambien es pendencia.
Hacerle á un hombre que salga
Por padrino de un bateo,
Vaya con Dios, aunque gasta
Una vela y un mantillo,
Y un pomo de agua de ámbar,
Los derechos de la iglesia,
La comadre y la criada
Que lleve el niño, sin otras
Menudencias de otra data;
Pero que llamen padrino
Al que va de mala gana
Con la cólera del otro
A irse á matar á estocadas,
Es cosa que ha de pudrirme;

Pero lo que más me mata,
No es que haya tontos que llamen,
Es que haya locos que vayan.
(Abre el ojo.)

—

Hombre que se ha enamorado
No más que por la pintura,
Porque á castigar se empiece
Su amorosa desvergüenza,
Ser sacada á la vergüenza
Del desengaño merece.
Dime, señor, por tu vida,
Engáñete ó no el primor,
¿Ha de pintarte el pintor
Si es tu mujer presumida,
Si es necia ó es recatada?
¿Advertiráte fiel
Muy solícito el pincel
Si es súcia ó desaliñada?
¿Del pincel colegirás
(Por más que avise elegante),
Si tiene dientes delante,
Si guarda corcova atrás?
¿Advertiráte el retrato
Con curiosa perfeccion

Lo que hay en su inclinacion,
Lo que hal'arás en su trato?
Porque esto sólo ha de ser,
Aunque más quieras culpar,
Lo que se ha de examinar
En una propia mujer.
Pues sí no has averiguado
(De tus celos enemigo),
Nada de esto que te digo,
¿De qué te has enamorado?
(Donde hay agravios no hay celos, y amo y criado.)

—

El que oculta un accidente
Ó ya de honor ú de afrenta,
Le llora cuando le cuenta
Y calla cuando le siente;
Y es que entonces más ardiente
Se remueve aquel ardor,
Si calla, cesa el dolor.
¿Luego has experimentado
Que le hace menor callado,
Y hablado se hace mayor?
(Donde hay agravios no hay celos, y amo y criado.)

—

Despues de Dios, bodegon.
Luego dirán, que es deshonra
Comerlo allí sin sabor;
¡Bendito seais, vos, Señor,
Que no me habeis dado honra!
En ser hombre desigual
Por más me vengo á tener,
Porque yo más quiero ser
Pícaro que cardenal.
Esto tengo por más bueno
Que ser señor y áun reinar;
Que allá suele en el manjar
Disimularse el veneno.
Pues ser pícaro dispongo,
Que, como Lope advirtió,
A ningun hombre se vió
Darle veneno en mondongo.
Yo me entro á ser más profundo,
Y yo me entro á discurrir,
¿Por qué á mí me ha de podrir
Que se use honra en el mundo?
Porque uno llegue á plantar
(Dejemos á un lado miedos),
En mi cara cinco dedos,
¿Le tengo yo de matar?
Pues respóndanme, ¿por qué?

Si hay barbero que me pone.
Cuando afeitarme dispone,
Como á un san Bartolomé:
Y llega con su navaja
Que sabe Dios dónde ha andado,
Y, en fin, despues de afeitado
Me toma el rostro y me encaja
Cuatro ó cinco bofetones,
¿Por qué en otras ocasiones
Hay duelo é indignacion?
¿No es mejor un bofeton
Que quinientos bofetones?
¿Que aquestos duelos prosigan?
¿Que sea el mentir afrenta?
¿Que no importa que yo mienta
Y importa que me lo digan?
¿Que haya en el mundo este afan?
¿Que este uso en los hombres haya?
Señor, áun los palos, vaya,
Que duelen cuando se dan.
Duelista, que andas cargado
Con el puntillo de honor,
Dime, tonto, ¿no es peor
Ser muerto que abofeteado?
¡Y que á la muerte tan ciertos
Vayan porque el duelo acaben!

Bien parece que no saben
Los vivos lo que es ser muertos.
(Donde hay agravios no hay celos, y amo y criado.)

—

Vino la señora noche
Muy preciadita de madre
De las sombras, más cerrada
Que colegio de estudiantes;
Y á este cuarto principal
He bajado en este instante
De don Juan y su criado
Las camas; aquí no hay nada
Que me escuche, aunque doña Ana
Y mi señora no saben,
En ese jardin ocultas,
Los intentos de su padre;
Más há de una hora que están
Hablando; plegue á Dios que hablen
Más que soldado qne viene
De los Estados de Flándes.
Yo solamente no tengo
A quien le cuente mis males;
Pues vaya de soliloquio,
Que en cuantas comedias se hacen
No he visto que las criadas

Lleguen á soliloquiarse.
Este criado, este hombron
De linda presencia y talle
Me aficiona por lo tosco
Y pica por lo arrogante.
He dado en pensar que es
Desgarrado, y algo jaque,
Y los bravos solamente
Son los que me satisfacen.
Lleve el diablo las mujeres
Que quieren lindos bergantes;
¿Para qué es bueno un tacaño
Que se esté mirando el talle
Desde el alba hasta la noche,
Que presume que te hace
El amor de merced, sólo
En permitir que le hables?
No es mejor un bravo, que entra
Muy zaino, y dice:—¿Qué haces?
—¿Que quiere que haga á las díez
De la noche yo? Esperarle.
—¿No he dicho que no me esperes?
—¿Pues qué he de hacer?—Acostarse.
Y luego al punto me pega,
Juntico de los gaznates,
Seis manotadas—¿Que nó?—

¿Él hahia de tocarme
En el pelo de la ropa?
—¿Oye?—Bien oigo.—Que calle
Le digo.—No he de callar;
En mi casa estoy, infame.
—Mire no demos al diablo
De comer.—Con lo que él trae,
Ni de cenar le darémos.—
Y, en fin, con lindo donaire,
En bofetadas y coces
Me da seis pares de pares.
Esta es vida y este es hombre;
Pasemos más adelante;
Llama un melífluo á la puerta.
—¿Quién llana? ¿quién es?—Yo, abre.—
Entra, y lo primero es
Irse al espejo á mirarse,
Llégase luego la dama,
Y si ella quiere abrazarle,
Dice:—Mira esa valona,
No sea que me la ajes;—
¡Que haya quien quiera á estos mándrias!
¡Que haya mujer que los hable!
Pudiendo cualquiera dama
Tener, si quiere buscarle,
No lindo que las requiebre,

Sinó hombre que la maltrate;
Que si he de hablar la verdad,
Las bofetadas me saben
(Si son á tiempo) mejor
Que gallinas y faisanes.
(Donde hay agravios no hay celos, y amo y criado.)

—

¿No quieres tú que me asombre
Si en la vida ha visto un hombre,
Que no le parezca bien?
El chico, por lo donoso;
El grande, por lo entallado;
El puerco, por descuidado;
El limpio, por cuidadose;
Porque guarda, el miserable;
Por arrojado, el valiente;
Al que habla, por elocuente;
Al que calla, por loable;
Al cobarde, por templado;
Al hablador, por chistoso;
Al tibio, por vergonzoso;
Por discreto, al mesurado;
Al vano, por presuncion;
Por constante, al importuno;
Jamás ha visto hombre alguno

Que no le cobre aficion.

(Lo que son mujeres.)

—

¿No hay algunas que se afeitan?
¿Otras no hay que hablan fruncido?
¿Otras no hacen reverencias
De saltillo? ¿No hay algunas
Que hablan culto? ¿No hay doncellas
Que la noche de San Juan
Escuchan lo que es vergüenza?
¿Hago yo estas candideces?
¿Incurro yo en falta dellas?
Querer á hombres es falta
De mujeres. Que yo tenga,
A donde hay otras con tantas,
Una, es algo llevadera.
Ser inclinada á los hombres
Ni es liviandad ni flaqueza;
Este es un buen natural,
Y aunque algunos riesgos tenga
De pesarle á una mujer
Que no la tienen ni quieran,
Aunque pesa el desden tanto,
Vale el amor lo que pesa.

(Lo que son mujeres.

Señora mia, no quiera
Yo para propia mujer
Una mujer muy hermosa:
Porque siempre pensaré
Que aunque ella mirar no quiera,
Habrá quien la quiera ver.
El matrimonio se toma
Para el descanso, no es
Para cuidado; yo quiero
Traer, para mi traer,
Mujer de casa, ni fea
De manera que yo esté
Solicitando vecinas,
Ni hermosa tanto, que den
En mirarla mis vecinos:
Porque mi propia ha de ser
Para el gusto algo que fea,
Tambien hermosa algo qué,
Que yo solamente busco
Mujer para mi mujer.

(Lo que son mujeres.)

FIN

Biblioteca Regional
de Madrid Joaquín Leguina
1345894